

El 'Otro País' de James Baldwin

Federico Eguíluz Ortiz de Latierra
Universidad del País Vasco

El 24 de mayo de 1985 aparecía por la Facultad de Filología de Vitoria el escritor norteamericano James Baldwin. El objeto de su visita era pronunciar una conferencia cuyo título, *A World I Never Made*, se me había adelantado telefónicamente dos días antes, aunque luego se demostraría que, para Baldwin, la importancia de los títulos, etiquetas y demás formalidades era más que relativa y sí algo que, por sistema, había que ignorar.

Baldwin, en los momentos previos a la conferencia, se mostró como un hombre nervioso, inquieto en exceso, diría un espectador neutral; con abundante sed y cierta propensión a no mantener un hilo de conversación uniforme. De estatura media, pasados los sesenta de edad, le temblaba ligeramente la voz y el pulso, sobre todo al conocer que el público que iba a tener delante era numeroso. Magnífica paradoja en uno de los luchadores más destacados en pro de la consecución de los derechos civiles de los negros norteamericanos y colaborador de Martin Luther King.

Además, no era la primera vez que Baldwin visitaba España. Lo había hecho en otras dos ocasiones: una de ellas en octubre de 1984, para presentar una novela, escrita ya en 1961, que publicaba Versal con el título de *Otro País*. Y tampoco había sido ésta una experiencia nueva suya en el campo de las publicaciones en español. La editorial Lumen había editado sus novelas *Ve y dilo en la montaña*, en 1953, y *Dime cuánto hace que el tren se fue*, en 1968; el ensayo *Nadie sabe mi nombre*, en 1961; y la pieza teatral *Blues para Mr. Charlie*, en 1964. Y, curiosamente, en 1966, la editorial Aymá publicaba en catalán el ensayo *The Fire Next Time*, que aparecía prologado por un desconocido llamado Miquel Roca i Junyent, en plena efervescencia del movimiento de los derechos civiles de los negros norteamericanos.

Pero Baldwin daba la sensación de no tenerlas todas consigo a la hora de presentarse ante el público. Personas que le habían visto "actuar" nos lo habían ade-

lantado, si bien con poco éxito en cuanto a la credibilidad. Se trataba del punto final de una gira de conferencias que había incluido Madrid, Barcelona, Salamanca y Bilbao, antes de dirigirse a Lisboa. Sin embargo se hubiera podido decir que Baldwin prefería encontrarse en aquellos momentos, como antaño, al lado de Martin Luther King, luchando por sus ideas, o en la tranquilidad de su estudio en Saint Paul de Vence, en la Costa Azul.

Sin embargo, Baldwin resultó ser una caja de sorpresas. Una vez situado ante el público (que incluso invadía el estrado en el que nos encontrábamos), tras una alusión al ligero enfriamiento que afectaba su voz, comenzó aclarando el porqué del título de su discurso, *A World I Never Made*. Resultó ser parte de un poema de Alfred Housman titulado, según nos apresuramos a encontrar después, "The Laws of God, the Laws of Man", poema que el propio Baldwin confesó haber aprendido en sus años escolares. En los versos 17 y 18 se puede leer lo que recitó Baldwin:

I, a stranger and afraid
In a world I never made¹

Palabras mágicas. Pues, nada más pronunciarlas, Baldwin, como si se le hubiera disparado un resorte, sacó a flote su vena de predicador y se fue creciendo paso a paso, frase a frase, durante casi una hora, llenando la sala de unos ecos extraños y profundos para todos los que teníamos la suerte de encontrarnos allí. No iba a ser aquel acto ninguna reivindicación -dijo-, sino el testimonio que un ser humano podía dar de su color y de su origen. No iba a ser tampoco una queja. Sería una exposición de los problemas que supone el color, y todo a través de la experiencia personal.

Baldwin procedía de negros procedentes del campo, de los negros que se decidieron a trasladarse a la ciudad con sólo su Biblia y su tamboril por todo bagaje. Su abuelo aún había sido esclavo y el escritor pertenecía a la primera generación de negros nacidos en las ciudades, en el Harlem neoyorkino en su caso. Sus recuerdos eran abundantes. Recuerdos de una infancia rodeada de música, en la calle, en la iglesia. Ese reducido entorno fue todo lo que suponía para él el mundo conocido. La iglesia de los negros, por ejemplo, con la disociación entre la realidad y la predicación del sacerdote negro que decía que todos eran hijos de Dios y que los cristianos no tenían esclavos.

Baldwin recalca que, a las dificultades que en la existencia tiene el ser humano, al negro se le unen las dificultades del color. Recordaba el impacto que le produjo a los seis o siete años, cuando preguntó por primera vez a su madre qué era un nigger, el término despectivo y ofensivo de los blancos hacia los negros. No obtuvo respuesta de la madre: sólo un silencio en el que el niño descubría algo enorme y terrible. Y la realidad de ser consciente de que sólo por el hecho de ser negro había seres que querían destruirte.

Refirió su experiencia como predicador durante tres largos años, siguiendo la tradición paterna, y su abandono de la Iglesia en que ejerció su ministerio, al darse cuenta de que no podía dar aquellas respuestas que su congregación demandaba. Y por eso, para no tener que volver a aparecer más ante ellos como un falso profeta o como un mentiroso, decide abandonar.

Baldwin intenta luego encontrarse a sí mismo, ver con claridad cuál es su lugar en el mundo, y se debate en una lucha interna entre opiniones mayoritarias (blan-

cas) y las propias realidades.

La raza negra ha demostrado ser inteligente: ha dado grandes poetas, compositores, músicos... -decía Baldwin-. Pero si el mundo que te rodea te llama inútil, comienzas a sentirte inútil y, sin darte cuenta, te conviertes irremediabilmente en lo que el mundo te llama.

Decide entonces abandonar esa clase de mundo, escapar. Y va a París, donde entra en un período de reflexión sobre sí mismo y sobre su país. La distancia le hace verse con nitidez por primera vez. Necesita la indiferencia de los franceses, ante quienes, y para su sorpresa, no es ya un negro en contraposición a los blancos, sino un norteamericano en contraste con los franceses, con los europeos.

Recordaba las dificultades que siempre tuvo en las relaciones con su padre, relaciones que Baldwin necesitará airear en dos de sus más importantes novelas: *Tell me How Long the Train's Been Gone* y *Go Tell It on the Mountain*; al igual que en varios de sus ensayos, entre los que tiene mayor importancia el titulado *Nobody Knows My Name*. Su padre y él poseían dos caracteres muy semejantes y los roces y enfrentamientos fueron constantes. Contaba cómo su padre intentó mantener siempre una dignidad que su trabajo de operario no le ofrecía. Recurrió, por ejemplo, a vestirse elegantemente en sus salidas del trabajo a casa. Pero esa angustia y esa frustración que llevaba dentro debía salir al exterior. Y sería en la casa donde tendrían lugar sus accesos de cólera. Aquello era algo que no podía entender un niño. Baldwin no lo entendió hasta que ya fue tarde, hasta que murió su padre. Y entonces hubiera deseado cambiarlo todo, hubiera deseado comenzar de nuevo, volver a nacer.

Al llegar a Francia Baldwin lleva en la maleta un libro sin terminar y, lo que es más grave, se siente totalmente incapaz de terminarlo. Se encuentra físicamente mal y decide retirarse a un chalé en Suiza donde, con la sola compañía de unos discos de jazz, en los que oye la llamada de su raza, consigue terminar el libro en tres meses: es la novela *Go Tell It on the Mountain*, un éxito mundial y que para él constituye lo que llama su "Rebirth". Por primera vez se establece un *modus vivendi* entre él y la sociedad. Tenía entonces veintisiete años. Se reconciliaba ahora con su historia, con su pueblo. Se sentía por primera vez libre, libre de las leyendas que le habían descrito durante tantos años, libre de las leyendas que él sabía que a tantos jóvenes habían empujado a la maldad, al crimen, a las cárceles, al suicidio. De ese caos, de esa falta de lengua y de historia nace un nuevo hombre que ha encontrado por fin su expresión y su historia.

Recordaba Baldwin que su interés al hablar de aquello radicaba en la convicción de que el hombre no debe vivir sólo de la leyenda: tiene que hacer su historia. Y si él no hubiera rehecho su historia, hubiera tenido que morir. Por eso hay tanta gente muerta a nuestro alrededor -decía-. Prescindiendo de la leyenda que el blanco ha creado sobre el negro para tranquilizar su conciencia, es necesario ir hacia un nuevo tipo de relación entre blancos y negros que se fundamente, no en el color, sino en el convencimiento de que todos somos seres humanos. El problema creado por los antiguos colonizadores ha hecho que los antiguos colonizados hayan traído ese problema de vuelta a Europa. Nunca volverá a haber una ciudad únicamente blanca en Europa. Y esos negros que han nacido en Europa no podrán volver nunca más a sus mundos de origen, pues no los han conocido. Esto sucede en Londres, al igual que en París o en Amsterdam. Estas reacomodaciones de las relaciones suponen una reelaboración de las leyendas creadas por los blancos.

Baldwin insistía en que hay que llegar a la convicción de que tanto unos como

otros, blancos como negros, son indispensables los unos para los otros. En definitiva, lo que debe presidir las relaciones de unos y otros es el amor, es el respeto mutuo, porque todos se necesitan. Y expresaba Baldwin su deseo de que este mundo que todavía hay que construir no sea un mundo en el que aún se le pueda llamar a uno “nigger”, que no se parezca en nada al mundo que hemos encontrado. Esa es la gran responsabilidad.

No cabe duda de que Baldwin sabía atraerse al público. La razón podía ser el contenido de sus palabras, tan llenas de filosofía autobiográfica, o quizá el magnetismo residía en el propio personaje en sí. Tener frente a frente a uno de los principales líderes, en una época, de la lucha por los derechos civiles, al portavoz y brazo derecho -aunque Baldwin a veces lo negase- del histórico Martin Luther King, era algo verdaderamente extraordinario. Y los efectos de sus palabras sobre los que le oyeron fueron también extraordinarios: se agotaron en Biblioteca todos los títulos de James Baldwin. ¿Se dio alguna vez tal milagro entre nuestros alumnos?

Y sin embargo, al buscar razones más serias, tras oír a James Baldwin hablar durante una hora, uno puede llegar a obtener una conclusión relativamente falsa respecto a si ha sabido llenar las expectativas del público. Tomando la licencia de un símil gastronómico, Baldwin era en conferencia -que no en lectura, sino todo lo contrario- como esas comidas tras las que el comensal termina con una sensación de saludable saciedad pero que, al cabo de poco tiempo, ha cumplido ya su breve y noble misión y le obliga a uno a pensar con urgencia en la siguiente pitanza. Y sucede que Baldwin tenía la rara cualidad de la amenidad, de mantener la atención constantemente sobre su persona y sobre sus palabras, y todo lo que decía sabía realmente a poco. Las palabras de Baldwin -ante las que no debemos olvidar su antigua dedicación al púlpito- eran cálidas, estaban llenas de sabor exótico e irónico, resultaban fuertes y grandilocuentes, a veces, o suaves e íntimas en otros momentos.

Eran palabras que mantenían la atención desde el principio hasta el final e incluso durante los silencios. Sin embargo, cuando ya se han apagado los ecos vivos de su voz, flotan en el aire una serie de interrogantes. Al oyente le quedan apetenencias urgentes de indagar mucho más del Baldwin real que ha quedado tras la cortina de sus palabras. Procura ir más allá de los datos que han podido llegar a su alcance. Y entonces aparece un Baldwin, ante todo portavoz intelectual de los negros norteamericanos en su lucha por la igualdad racial y por los derechos civiles, un Baldwin que utiliza todas las armas a su alcance -la voz, el ensayo, la novela, el teatro- para recoger la herencia del líder Martin Luther King y de los escritores comprometidos (como Ralph Ellison o Richard Wright) hasta conseguir llegar a ser, durante muchos años, uno de los escritores de color más importantes de los Estados Unidos.

Nacido en el Harlem neoyorkino en 1924, nieto de esclavo e hijo de un predicador de la Iglesia Bautista, la religión protestante negra y el “ghetto” negro en el que transcurre su infancia y primera juventud fijarán en él un espíritu de rebelión y lucha, de protesta y denuncia, que impregnarán todos sus escritos. Su educación en la De Witt Clinton High School le habilitará para actuar, a los quince años de edad, como predicador en una iglesia de Harlem, experiencia que deja una profunda huella en su vida y que se reflejará posteriormente en su primera novela, *Go Tell It on the Mountain* de 1952, obra en la que aparecen expuestas ya las dos actitudes opuestas del negro ante la sociedad blanca: la más antigua y tradicional, que

predica la aceptación de la injusticia como parte inalterable de la condición negra; y la más nueva y actual, que sostiene que hay que combatir esa injusticia y que afirma que al negro no le será permitido descansar hasta después de haber conseguido la victoria.

Pero Baldwin no parece saber encontrar su lugar en esa lucha que ha decidido seguir y opta por exiliarse en París durante diez años, a pesar de las críticas que pueda recibir en el sentido de que ha abandonado la empresa. Hay un viejo "blues" que viene a decir que cuando una mujer negra es cogida por el espíritu del "blues", la mujer llora; pero cuando un hombre negro es atrapado por el "blues", ese hombre toma un tren y se marcha. En cierto momento quise sugerir a Baldwin si ese había sido su caso, pero su respuesta la basó en su biografía. Los años en París suponen un tiempo en el que Baldwin se convence de que la imagen que refleja no es la de un negro en pos de algo frente a los blancos, sino la de un norteamericano frente a los europeos. Y regresa a los Estados Unidos, donde, tras haber publicado un brillante libro de ensayos, *Notes of a Native Son*, en 1955; una mediana novela, *Giovanni's Room*, al año siguiente; y su primera obra de teatro, *The Amen Corner*, en 1958, se convierte en portavoz indiscutible de los hombres y mujeres de su raza en lucha por la igualdad civil en la sociedad norteamericana.

Es una época en que la producción literaria de Baldwin refleja la intensidad de sus vivencias. Las dos obras capitales del período son una magnífica colección de ensayos, en los que intenta describir la condición del negro norteamericano, a través de sus vivencias personales y que se aúnan bajo el título de *Nobody Knows My Name*², de 1961; y la otra, un apasionante alegato, un manifiesto de odio y rebeldía contra la injusticia de la segregación racial, *The Fire Next Time*, de 1963, título que proviene del canto de un esclavo que toma como base la Biblia para decir:

God gave Noah the rainbow sign
No more water, the fire next time.

Posteriormente, publicará la sombría y tumultuosa novela *Another Country*, de 1961 (presentada en España en traducción, presentación a la que acudió el autor en 1984), novela sobre el mundo de los afligidos -hombres y mujeres, blancos y negros, homosexuales y heterosexuales. En esta obra Baldwin hace decir a Rufus, el músico de jazz: "Sometimes I lie here and I listen, listen for a bomb, man, to fall on this city and make all that noise stop. I listen to hear them moan. I want them to bleed and choke, I want to hear them crying". En 1964 pondrá en manos del público la violenta tragedia racial *Blues for Mr. Charlie* y, en 1968, una de las novelas más significativas de toda su obra, *Tell Me How Long the Train's Been Gone*, la historia del actor negro que logra traspasar por medio de su arte las barreras raciales. Posteriores publicaciones en volumen siguen líneas similares: *The Devil Finds Work*, de 1976, sobre las dificultades de los actores negros para trabajar en el cine; y la novela *Just Above My Head*, de 1979, sobre las relaciones de dos hermanos en la que, a través de la música, se exploran las relaciones entre el arte y la vida. La producción de Baldwin se redujo posteriormente de forma sensible, siendo los artículos y los ensayos sus principales vehículos de expresión, hasta su muerte, ocurrida hace dos años en su villa de St. Paul de Vence, cerca de Niza.

De lo brevemente expuesto hasta ahora no se puede dejar de deducir que es necesario buscar en Baldwin un trasfondo de vivencias personales para poder calar en el sentido ciertamente reiterativo de su obra. Hay algunos datos que son claves

en este sentido. James Baldwin es el mayor de nueve hermanos que, en muchos momentos, deben vivir de la caridad institucional. Es hijo de un hombre religiosamente comprometido con unas vivencias espirituales especiales y que, a su vez, es hijo de un antiguo esclavo. Debemos recordar que la esclavitud no fue abolida en Estados Unidos hasta 1865, mediante la Decimotercera Enmienda a la Constitución. Esto hace que James Baldwin vea a su padre como un ser rígidamente situado al lado de un Dios vengativo que un día juzgará a los blancos como se merecen. Pero esa venganza, mientras llega a producirse, recaerá muchas veces en James. La “ilimitada capacidad” de su padre “para la introspección y el rencor” -como el hijo señalaría después- parece haber causado un gran impacto en el estilo sermonario -que alguien ha calificado como “prosa hablada”- que después desarrollará Baldwin. No podemos tampoco olvidar que tanto el ritmo como el mensaje de esta prosa están sin duda alimentados por la breve experiencia del autor como predicador.

Punto de referencia igualmente importante es la estancia del escritor en Greenwich Village, por entonces un barrio totalmente distinto al de hoy en día pero que será a donde Baldwin se dirigirá con la decisión firmemente tomada de concentrarse en la tarea de convertirse en escritor. Aquí conocerá a un hombre clave en su vida: Richard Wright, “para mí”-dirá luego Baldwin- “el más grande de los escritores negros de todo el mundo”. Lee sus libros en los que encuentra plasmados “por primera vez en mi vida” -son sus palabras- “ el dolor, la rabia y la amargura asesina que estaba devorando mi vida y las vidas de los que me rodeaban”.

Por un tiempo Baldwin sigue a Wright. Incluso su marcha a París es siguiendo los pasos del maestro. Pero en la publicación por la *Partisan Review* de su colección de ensayos *Notes of a Native Son* , en 1955, se aprecia que Baldwin inicia ya una línea de protesta social disociada de la de Wright. Producto de ello es su regreso a Estados Unidos en 1957 para participar activamente en el movimiento del Dr. King. Ha dejado, para entonces, escrita otra novela, *Giovanni's Room* , de resultados críticos conflictivos y que, de forma ciertamente curiosa para la línea de Baldwin, se introduce únicamente en el mundo de los blancos para tratar el tema de la homosexualidad a partir de la lucha interna de un joven norteamericano entre el amor de un hombre y el de una mujer. El tema homosexual, siempre presente en las preocupaciones de Baldwin, aparece aquí planteado con una crudeza especial. Y al preguntarle a Baldwin el porqué de haber manejado aquí exclusivamente personajes blancos, su respuesta es invariablemente la misma: ha querido aislar el tema de la homosexualidad del aspecto puramente racial. Es una respuesta. Y a muchos puede convencer.

Sin embargo, de todos los escritos de Baldwin emana siempre un interés suyo por todo lo que significa ser negro y ser homosexual en contacto con una sociedad de blancos. En su ensayo “Freaks and the American Ideal of Manhood”³ ha afirmado que todo ser humano es andrógino, que todo hombre tiene algo de mujer dentro de sí, que toda mujer tiene algo de hombre, y esa es la clave del amor. Y aún más: que todo negro lleva un blanco dentro, y viceversa. Sabe que todo esto causa cierta incomodidad entre los círculos blancos conservadores norteamericanos, que encuentran este hecho “exceedingly inconvenient and even unfair... But none of us can do anything about it”. Es la ironía de Baldwin. Una ironía especial. Y, a veces, inmensamente amarga.

Y los críticos la han captado. Pero, sin embargo, han echado de menos, sobre

todo en las novelas de Baldwin, ese talento suyo tan especial para la utilización del recurso irónico que tan bien sabe manejar en sus ensayos. La razón, en mi opinión, es que Baldwin se siente más a gusto en el ensayo que en la novela o en el teatro. El tema de la raza, en el que apenas hay relaciones interracial; el de la familia, con el padre por lo general como sujeto a no imitar, pero comprendido y respetado en su autoridad; la madre, sirviendo de base a la unidad familiar, flexible, aunque firme; los hermanos, que son observados y juzgados en relación con los padres; el tema de Dios, siempre constante, un ser real pero lejano, que ha abandonado a los negros y al que necesitan personificar para pedirle cuentas o para discutir con él⁴; su propio yo, débil y sensible, eterno observador y víctima⁵; todos estos temas, que aparecen tanto en las novelas como en los ensayos, poseen una mayor carga irónica en estos últimos.

La revista *The New Yorker* concedió la mayor parte de su espacio editorial del 17 de noviembre de 1962 a un extenso artículo de Baldwin sobre el movimiento separatista de los musulmanes negros al que se añadían diversos aspectos de la lucha por los derechos civiles. El artículo, cuyo título era "Letter from a Region of My Mind", alcanzó tal nivel de atención y comentario en todo el ámbito nacional que acabó reimprimiéndose al año siguiente, esta vez como libro, bajo el título de *The Fire Next Time*, y que contenía además otro ensayo más breve. Lo que aquí se refleja, producto del apasionamiento de Baldwin y de esa imaginación suya de carácter tan marcadamente social, produjo un impacto quizá mayor en los blancos liberales que en los propios negros que lo leyeron. En su firme rechazo a la separación de las razas predicada por Elijah Muhammad y los musulmanes negros, Baldwin reafirma su fe en el amor como la única vía de salida, necesaria y difícil, de la esclavitud y el odio racial. "Los blancos de este país" -dice- "tendrán bastante que hacer aprendiendo a aceptarse y a amarse a sí mismos unos a otros; y cuando hayan alcanzado esto, lo que no ocurrirá mañana y puede que no ocurra nunca, el problema negro habrá dejado de existir porque no será necesario".

Y Baldwin ha continuado, hasta su reciente fallecimiento, desde su refugio en St. Paul de Vence -del que sólo salía de vez en cuando para hacer oír su voz- insistiendo en la idea de la integración total mediante el entendimiento mutuo y el amor. Sus armas han sido sus palabras bellamente matizadas, su acento directo y correcto, su ironía muchas veces sardónica y, en ocasiones, su furia siempre controlada.

Todo ello ha hecho que su técnica verbal, constantemente espolvoreada de matices autobiográficos, deje un regusto, a pesar de todo, violento, hasta el punto de haber hecho decir a un crítico: "His verbal technique is one of extreme violence, a kind of literary rape". Exagerada o no esta afirmación, podría ser creíble si se repasan los condicionamientos en que vivió siempre inmerso Baldwin y si tenemos presente que para él la Literatura, el acto de escribir "involves, after all, disturbing the peace". Alterar esa paz artificial de la segregación racial ha sido su meta constante.

Por eso, y para terminar, es más acertado decir que Baldwin encierra en sí a un autor polifacético y que ha sido un gran intérprete de las relaciones entre blancos y negros. Y entre todos los escritores norteamericanos de color es el que mejor ha sabido imaginar la experiencia blanca, pues ha demostrado ser un maestro al haber acertado a expresarse en muy diversos tonos sobre muy diversas clases de conductas y de lugares tan diferentes a los suyos. Su sensibilidad innegable ante las distintas tonalidades de cualquier discriminación, junto con su preocupación por

Norteamérica, a pesar -o quizá por eso- de vivir casi siempre fuera de su país, hacen de Baldwin un escritor reivindicativo de primera fila, como lo pueden ser Wright, Ellison y hasta el propio Norman Mailer⁶.

En el trato personal, mi experiencia con él me demostró que Baldwin era un hombre afable, entonces con una gran capacidad de adaptación al lugar y a la persona. Conversador decente, respondedor lento (meditaba mucho las respuestas a preguntas ideológicas, no tanto a las autobiográficas o personales), un poco cansado ya del papel que todavía le tocaba interpretar, pero una persona con la que uno podía pasar las horas y darse cuenta al final de que, como había dicho años antes, "an artist is here not to give you answers but to ask you questions". Y sus preguntas aún flotan en el aire de ese caleidoscopio que aún hoy es la integración del negro en la sociedad norteamericana.

NOTAS

1.- Alfred Edward Housman, "The Laws of God, the Laws of Man", *Georgian Poetry*, ed. James Reeves, "The Penguin Poets", Penguin Books, 1968.

2.- El título recoge ampliamente los ecos de la novela del también escritor negro Ralph Ellison, *The Invisible Man*.

3.- *Play Boy*, January 1985.

4.- Dice en las últimas líneas de *The Fire Next Time*: "If the concept of God has any validity or any use, it can only be to make us larger, freer, and more loving. If God cannot do this, then it is time we got rid of Him".

5.- Para apreciar la realidad de esta temática, véase *Tell Me How Long The Train's Been Gone*, y en concreto las primeras 50 páginas. Y sobre todo *Nobody Knows My Name* en toda su extensión.

6.- Al nombrar a Mailer (Wright y Ellison son más obvios) pienso en *The Armies of the Night* (1968), sobre el tema de la marcha pacifista de 1967 hacia el Pentágono; o en *Idol and the Octopus*, en ensayo (1968).